

No es nada fácil revisar más de cincuenta años de actividad en unas pocas ideas hilvanadas apenas por los recuerdos, decidido a no caer en una aburrida lista de fechas y obras, sacadas de un currículum que, a estas alturas de mi vida, no sólo se alarga día tras día, sino que se ensancha peligrosamente, abarcando nuevos ámbitos y nuevas disciplinas.

Es que yo soy, lo he repetido mil veces, un tipo esencialmente curioso, que desde la más tierna infancia, no ha podido resistirse jamás a la menor provocación de todo lo nuevo que se le ponía bajo los ojos o entre las manos. Siempre he tenido la compulsión de entender a toda costa cómo están hechas las cosas y los seres humanos, y que, generalmente trato de conseguirlo como sea, la mayoría de las veces desarmando y volviendo a armar, sucesivamente, sin un momento de tregua ni solución de continuidad. Así se han sucedido, cosas, obras y contenidos, desde el pequeño camión de lata de mi niñez, hasta las formas y los personajes que han poblado por decenios mi quehacer artístico.

Sí, no es nada fácil a estas alturas, resumir con cierta objetividad tanto camino recorrido y los sucesos de una vida casi enteramente vivida en una tierra que con el tiempo pasó a ser mi segunda patria. Al igual de lo que significa la situación nada común de tener en plenitud dos nacionalidades, al igual que las tuvo mi padre Giulio, (mi hermano Vittorio no lo aceptó, aduciendo razones que no comparto, pero respeto,) aun que una de ellas, en mi caso, haya sufrido algunos tropiezos en su camino para llegar a instalarse en mi interior "por gracia". Por todo ello y bastante más, me resulta muy extraño el tener que hablar de mi familia, y de nuestra labor en el campo del arte y de la cultura durante estos cincuenta y siete años de constante permanencia en Chile.

He tratado de resistirme al acoso de los amigos que me lo han pedido, aduciendo varias y, a mi entender, valederas razones para no hacerlo, pero... no hubo caso.

Entonces, decidí: "Si debo hacerlo, lo haré a mi manera", dejando correr mi imaginación y mi corazón, sobre todo este último, y reconstruir el largo camino recorrido, colocándome entre las tantas y tantos que como yo, tuvieron que dejar un día su tierra natal para emprender un viaje hacia otros horizontes, recorriendo el camino de la esperanza.

Recurrí para ello a la solución de bucear entre los varios textos que he escrito acerca del tema, generalmente para agradecer reconocimientos que sigo encontrando sobredimensionados ya que, siguiendo las enseñanzas paternas, los tres hijos siempre hemos considerado como un deber ético e ineludible el devolver a la sociedad los dones o los talentos recibidos, (chicos o grandes, nunca me ha preocupado el medirlos), para tratar de construir entre todos un mundo un poco más vivible y hermoso.

De entre ellos, elijo el que sigue, entresacado de uno que tiene apenas un año de vida y que refleja de manera nítida, lo que me parece importante decir o escribir en esta ocasión. Da cuenta de sensaciones y vivencias que tal vez me acercan más íntimamente a otros compatriotas de mi primera patria que hoy forman parte de la comunidad chilena.

EL NIÑO Y LOS HÉROES

La voz del profesor Serra, tronaba mientras su ancha y alta humanidad circulaba, gesticulando entre los bancos de los alumnos...

“ ARMA VIRUMQUE CANO, TROIAE QUI PRIMUS AB ORIS ITALIAM, FATO PROFUGUS, LAVINIAQUE VENIT LITORA...”

Con la cara tensa y los ojos fijos, el adolescente absorbía asombrado esas palabras, sonoras y aún ininteligibles, con las que Virgilio comenzaba a narrar las vicisitudes del inmigrante Eneas. Ya tenía en el cuerpo la historia de Ulises,, La Odisea lo había cautivado con el interminable regreso a la patria del héroe griego. Se había sumergido con fascinación en ese largo viaje en busca de la tierra de origen. Pero, sobre todo, lo atraía la relación entre el hombre y el mar, hecha de amor y odio, de lucha y de entrega.

Soñaba con los ojos abiertos con sentir, bajo sus pies, la madera del puente de un barco, siguiendo el vaivén de las olas... Poco importaba el puerto de destino, lo importante era navegar...Ahora se le abría otro mundo... Poblado también por hombres que dejan tras de sí los horrores de una guerra y emprenden un largo camino hacia el reencuentro con lo mejor de su propia humanidad. Eneas, huyendo del incendio de Troya, cargando sobre sus espaldas a su viejo progenitor y llevando de la mano a su hijo Ascanio, tal como recordaba haberlo visto en las Estancias de Rafael, en el mural que representa el incendio del Borgo.

Las palabras roncadas y potentes del profesor le seguían llegando, lejanas...

“MULTA QUOQUE ET BELLO PASSUS, DUM CONDERET URBEM, INFERRETQUE DEOS LATIO, GENUS UNDE LATINUM, ALBANIQUE PATRES, ATQUE ALTAE MOENIA ROMA...”

Y traducía de inmediato:

“Mucho sufrió él también en guerra, hasta que fundó una ciudad y trajo al Lazio los dioses, de los que tuvieron origen los Padres Albanos y los muros de la soberbia Roma.”.....

.....

...Todo eso volvía a la mente del joven viajero, mientras en el horizonte iba desapareciendo la Osa Mayor, para dar paso a un nuevo cielo con estrellas desconocidas. Miró hacia abajo, allí donde la proa hacía surgir la luminosidad del romper de las olas. Desde allí subió su mirada hacia delante, siguiendo la línea imaginaria del surco por venir. El desgarró surgió de pronto. La euforia de la nueva aventura había escondido el dolor. Atrás muy atrás, más allá de la huella fugaz de la estela del pequeño barco, estaban su casa, su ciudad, su país, su breve pasado romano, sus amores de adolescente.

Sintió en el cuerpo y en el alma como se iba convirtiendo en emigrante, es decir, hijo de un fracaso no buscado, uno de los tantos desarraigados que poblaban esa islita flotante...La palabra "inmigrante" cobró un nuevo y súbito sentido. La historia de Eneas se le hizo más clara y cercana. Se identificaba con el hijo Ascanio, huyendo, aferrado a la mano de su padre y llevando, apretada contra el pecho una pequeña caja, en ese mural que le era tan familiar. ¿Qué tesoro contenía, qué estaba tratando de salvar del desastre?...

Lo supo después. Su padre se lo contó un día con un dejo de aire de misterio. Allí estaban custodiadas unas pequeñas efigies de los dioses tutelares, esos que dan vida a cualquier espacio habitado, convirtiéndolo en hogar. Pensó que, en el fondo, era lo mismo que significaban, para su pequeña familia, los cientos de libros de la biblioteca paterna, que ahora eran los compañeros de su navegar, encerrados en las numerosas cajas que poblaban la bodega del barco. Constituían la mayoría absoluta del peso del equipaje colectivo y ostentaban en la cubierta y en sus costados unos letreros muy llamativos, con la exótica dirección: SANTIAGO DE CHILE – VIA BUENOS AIRES.

LA NUEVA TIERRA, AL FIN DEL MUNDO

Ha pasado más de medio siglo, exactamente cincuenta y seis años, desde aquella noche a bordo del vapor PHILIPPA, un carguero "renovado", para transformarlo en buque de pasajeros de clase única, con literas y rancho a la usanza militar. La travesía "de los Apeninos a los Andes", que profetizó en su entrañable libro "Corazón" Edmundo De Amicis, se repitió, haciéndose carne en mi padre Giulio, mi madre Elvira; la "nonna" o la "mamma Elvira", querida y recordada por muchos de aquellos que tuvieron la suerte de conocerla, y sus tres hijos, Paolo, Vittorio y Claudio.

Del clan originario, en Chile seguimos tres: Vittorio mi hermano, yo y mi padre Giulio, que descansa en la Catedral de Linares, bajo el hermoso mosaico del ábside, su mejor obra mural. En aquel lejano 1948 del otro siglo, atravesamos el gran charco, desde un continente a otro, con nuestros sueños y esperanzas a cuestas. De allí se han multiplicado: hijos, nietos y bisnietos, que alimentan con sus nuevas vidas esa misma ESPERANZA, así con mayúscula, que, porfiada ella, aún se niega a dejarnos.

Artistas, es decir inmigrantes no tradicionales, encontramos una nueva tierra latina, para replantar nuestras raíces y seguir sembrando. Familia, como la de Eneas, tratamos de ser fieles en el amor y el compromiso con el arte, y, sobre todo, con aquellos, hombres y mujeres que vienen acompañando desde el primer día nuestro paso por los caminos de Chile.

A la distancia, creo que el cargamento mayor que me ha acompañado junto a las innumerables dudas y que nunca me ha dejado, es esa única e inquebrantable certeza de que mis sueños son iguales a los de muchos de los de aquí; mujeres y hombres que, como yo, aún creen en los seres humanos, que siembran sin esperar angustiadamente la cosecha y que están dispuestos a luchar, para construir una cultura solidaria, justa y equitativa.....

UN FINAL: DE VUELTA AL ORIGEN PARA MIRAR EL FUTURO

Estábamos en plena guerra. El día de mi cumpleaños, mi padre se me acerca y me muestra sus manos vacías. “No hay plata para reglarte algo. Pero sí puedo expresarte un deseo, tal como se acostumbra en estas ocasiones... Aquí va...”

Me abrazó y mirándome derecho a los ojos, me dijo: “Te deseo que cuando te toque dejar este mundo, lo dejes un poco mejor de cómo lo encontraste”.....

Le conté esta anécdota al Presidente Lagos, cuando le comuniqué que deseaba alejarme de la División de Cultura. Le agregué que, después de casi siete años en la experiencia del servicio público, sentía la necesidad, a estas alturas de mi vida, de hacer las cosas con “una calma un poco más rápida”. Esa era la razón primordial por la que tenía la intención de volver a mis “Cuarteles de Primavera”, para seguir aportando en el ámbito del arte y, desde allí, tratar de hacer carne el deseo de mi padre.

Y aquí estoy, lidiando con pinceles y cinceles en una nueva empresa que me tiene completamente absorbido y fascinado. Gracias al querido amigo Eugenio Heiremans, quien me permite la realización de este sueño.

Tengo tanto que hacer todavía que casi no me cabe...Por eso es que no pienso aún en la despedida... Pero sé que hay que prepararse para bien morir y que, para ello, lo que más resulta es el bien vivir. Es decir, que lo que hagamos esté de acuerdo con lo que pensamos.....

En eso ando ahora, y espero que por un tiempo más...

Claudio di Girolamo

10 de mayo de 2004